

Huellas de la experiencia cristiana en la poesía contemporánea española

ROCÍO SOLÍS COBO

PABLO VELASCO QUINTANA

“Se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades. No hay que olvidar que la ciudad es un ámbito multicultural. En las grandes urbes puede observarse un entramado en el que grupos de personas comparten las mismas formas de soñar la vida y similares imaginarios y se constituyen en nuevos sectores humanos, en territorios culturales, en ciudades invisibles”. Así se pronuncia el Papa Francisco en el punto 74 de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. ¿Estamos ante un lamento por la ausencia de los católicos donde se originan los relatos? ¿Nostalgia de un tiempo en el que la religión católica florecía en todas partes, en la cultura, las artes, la economía, la política? ¿Es esa ausencia un acto premeditado de borrar a Dios de la esfera pública? ¿Una incapacidad de los católicos por no poder mostrar nuestra pertenencia en nuestras expresiones culturales? ¿Una inseguridad existencial, un miedo profundo, que nos hace construir muros que impiden un verdadero diálogo, para el que estamos llamados?

Es cierto que se constata, desde una mirada apresurada, un abandono de Dios en los temas tratados por el arte, quizá en términos cuantitativos en relación a otras épocas, pero eso no significa que Dios no esté presente, porque el sentido religioso es mucho más profundo y grande que

una idea de Dios “bien acotada y aseada”, que es la que a veces buscamos para hacer el análisis de Su Presencia. Pero en las palabras de Francisco no leemos un lamento nostálgico, sino un llamamiento a la unidad de vida y a descubrir en la cultura las huellas de una experiencia cristiana. A lo que parece invitar Francisco es a no levantar muros en el diálogo, sino a buscar y a encontrar al otro, para poder afirmar que ese otro es un bien para mí, y deseo que participe del bien que he podido saborear en el encuentro con Cristo.

Según una visión pesimista, miedosa, podría parecer que en el arte se perciben las obras de temática religiosa como brotes de invierno, asombrosos supervivientes bajo un pesado manto de nieve.

Si obedecemos al título de este Congreso, estamos invitados a agudizar la mirada, a profundizar la búsqueda. Así, podemos constatar que en la creación artística contemporánea (en todas sus vertientes) sí podemos encontrar huellas del hecho religioso, nostalgia de un deseo natural del hombre. Lo explicaba maravillosamente Marko Iván Rupnik, en una entrevista realizada antes de su participación en una anterior edición de este Congreso: “Cuando he llevado a mis estudiantes a una galería de arte contemporáneo, algunos se han reído delante de ciertas obras y les he llamado la atención por esta actitud. Yo soy sacerdote, confieso, y no me río del penitente nunca. ¿Cómo podéis reiros delante de aquello que muestra la verdad de vuestros contemporáneos? Ninguna confesión es bella, porque el pecado es feo. El arte contemporáneo es sagrado porque es una traducción directa del corazón humano. Deberíamos preguntarnos qué ha sucedido para que el hombre haya llegado a este punto. El único sacramento que no funciona en nuestra Iglesia es la confesión, pero toda la humanidad se está confesando”¹.

En la presente comunicación, partimos de esta intuición para proponer una lectura de algunos poetas contemporáneos, indagando en sus obras las huellas de la experiencia cristiana.

Hemos elegido la poesía porque creemos que es un ámbito donde el creador se muestra verdaderamente libre de ataduras mercantilistas que puedan provocar una autocensura. Es en la poesía, por sus rasgos muy específicos de apertura y profundidad, donde mejor se hace real la cita de Rupnik. Y nos hemos decantado por poetas de la segunda mitad del siglo XX y los comienzos del XXI para subrayar que la pregunta por Dios en el hombre es de plena actualidad.

1 RODRÍGUEZ VELASCO, M. y VELASCO QUINTANA, P.H. “Entrevista con Marko Iván Rupnik”. *Revista Debate Actual*. Nº13. Madrid: CEU Ediciones, 2008.

Entre esas huellas hemos planteado las siguientes: la sed de infinito en el corazón de todo hombre; el don de agradecimiento como forma existencial; la muerte como pregunta; la herida del hombre que le hace consciente de su miseria; y la mirada hacia Dios como posibilidad de un Tú.

Sed de infinito en el corazón

La constatación en el hombre de que las cosas de este mundo no satisfacen plenamente supone en él un anhelo de infinito. La insatisfacción nos conduce constantemente a la búsqueda de más, intuyendo que en este mundo no podemos encontrar lo que nos llena enteramente.

Esta experiencia nos conduce por un lado a poder argumentar que en el hombre hay una serie de actividades que trascienden lo material, y que en consecuencia, sólo se pueden explicar por la existencia de un principio espiritual que llamamos alma. Y como tal nos suscita la pregunta sobre el origen de estas actividades espirituales del hombre que no pueden transmitirse por generación.

Ejemplo de esta sed de infinito y de la pregunta que suscita la encontramos en el poema “Posible final del recorrido”², de Michel Houellebecq³:

Una rápida mañana de sol,
y quiero lograr mi muerte.
Leo un esfuerzo en sus ojos:
¡Dios, qué insípido es el hombre!

Nunca se está lo bastante sereno
como para soportar los días de otoño.
¡Dios, qué monótona es la vida,
qué lejos están los horizontes!

Una mañana de invierno, dulcemente,
lejos de la morada de los hombres;
deseo de un sueño, absolutamente,
de un recuerdo que nada pueda borrar.

² *La búsqueda de la felicidad*, incluido en HOULLEBECQ, M. *Poesía*. Barcelona: Anagrama editorial, 2012.

³ (1958-)

Don de agradecimiento

Chesterton afirma que el peor momento que atraviesa un ateo es aquel en el que se siente profundamente agradecido y no tiene a nadie a quien dar las gracias⁴. La necesidad de agradecer es sustancial al ser humano e indica un rasgo profundamente religioso: tomo conciencia de que yo no me doy las cosas buenas, por lo menos las más misteriosamente buenas. Y en ese momento necesito dirigirme a alguien y descansar en él mi agradecimiento. Un “gracias” que no se da hiera. Como si se quedara recordándonos nuestra soledad y el absurdo del azar.

Podemos encontrar un paralelismo con el enfado ante lo malo que nos sucede. En ese momento, coger a Dios por las solapas sería lo más auténtico. Sólo que en este caso es más molesta la ausencia de Dios. Paradójicamente, y como escribía Chesterton, lo insoportable es no encontrar al causante de tanto bien. Porque eso indicaría que lo bueno y bello de mi vida tampoco está pensado ni querido por nadie.

Violeta Parra⁵, cantautora chilena, publicó un himno de agradecimiento en su último disco *Las últimas composiciones*. Se suicidó unos meses después. Antes había declarado a un periodista que le faltaba algo que no sabía qué era. Algo que buscaba y no encontraba, algo que seguramente no hallaría jamás. Violeta Parra necesitaba dar las gracias por aquellas cosas que son intangibles y que sabía bien que no se había dado ella a sí misma. Y daba las gracias a la vida. Seguramente también intuía que ésta no era nadie, ni merecedora, por tanto, de las gracias. Pero a algo había que dárselas si se es honesto con la realidad.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto,
me dio dos luceros, que cuando los abro,
perfecto distingo lo negro del blanco,
y en el alto cielo, su fondo estrellado,
y en las multitudes, el hombre que yo amo.

Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me ha dado el oído que en todo su ancho,
graba noche y día grillos y canarios,
martillos, turbinas, ladridos, chubascos,
y la voz tan tierna de mi bien amado.

4 CHESTERTON, G.K. *San Francisco de Asís*. Madrid: Ed. Encuentro, 1999.

5 (1917-1967)

Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me ha dado el sonido y el abecedario,
con él, las palabras que pienso y declaro,
madre, amigo, hermano y luz alumbrando,
la ruta del alma del que estoy amando.

Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me ha dado la marcha de mis pies cansados,
con ellos anduve ciudades y charcos,
playas y desiertos, montañas y llanos,
y la casa tuya, tu calle y tu patio.

Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me dio el corazón que agita su marco,
cuando miro el fruto del cerebro humano,
cuando miro el bueno tan lejos del malo,
cuando miro el fondo de tus ojos claros.

Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me ha dado la risa y me ha dado el llanto,
así yo distingo dicha de quebranto,
los dos materiales que forman mi canto,
y el canto de ustedes que es el mismo canto,
y el canto de todos que es mi propio canto,
gracias a la vida, gracias a la vida.

La muerte como pregunta

De igual forma que el anhelo de infinito en el hombre le suscita una pregunta, ser el único ser vivo que va a morir, y lo sabe⁶, también. La muerte niega todo aquello que el hombre anhela: ser y para siempre. No nos referimos a que esta vida que conocemos no acabe, sino a esa vida que intuimos cuando en ésta hay un instante en el que deseamos que el tiempo se detenga. Y surge la nostalgia de un futuro, de algo que supuestamente no hemos vivido pero que parece ser nuestra marca: eternidad.

6 THIBON, G. *Nuestra mirada ciega ante la luz*. Madrid: 1973. ¿Qué es el hombre?: un ser que piensa, que ama, que va a morir y que lo sabe. Poco importa que se esfuerce en olvidarlo, que intente vendarse los ojos inútilmente con las apariencias: los ojos del alma no se ciegan como los del cuerpo, y el hombre lo sabe. Es su única certeza, la única promesa que no ha de fallar, la gran paradoja de la vida, cuya suprema verdad se halla en la muerte”.

La muerte es el gran interrogante de todos los tiempos. Y si la miramos de frente, y los poetas no suelen mirar de soslayo, encontramos respuestas o, por lo menos, encontramos la certeza de que la vida debe ser respondida. Así, Rosa Montero en su libro *La ridícula idea de no volver a verte*, afirma: Solo en los nacimientos y en las muertes se sale uno del tiempo: la Tierra detiene su rotación y las trivialidades en las que malgastamos las horas caen sobre el suelo como polvo de purpurina. Cuando un niño nace o una persona muere, el presente se parte por la mitad y te deja atisbar por un instante la grieta de lo verdadero: monumental, ardiente e impasible.

Esa misma experiencia la tiene Kirmen Uribe ⁷ en *Aquel día*. La vivencia de un instante que permite atisbar lo verdadero, el signo del Misterio.

Me dirás que no es cierto, pero de vez en cuando parece
que el mundo se detiene. Que ha dejado de girar y,
por una vez amable con nosotros y como avisándonos,
nos prolonga ese preciso momento, por siempre.

Me dirás que soy un exagerado,
que las cosas de las que te hablo no son tan importantes,
tan definitivas, comparadas con otras que pasaron.

Pero cuando aquella tarde de julio,
siendo aún joven, aún tímido,
vi a todos los de la casa jugando al fútbol en aquel prado,
lo mismo la niña más pequeña que los más ancianos,
en aquel momento comprendí
que pronto algunos de nosotros,
y aquel lugar,
habrían desaparecido.

Aquel día no sucedió nada especial,
pero aquel momento,
aquel día de abejas de leche y prados de cera,
para mí será único siempre.

7 (1970-)

Herida que hace exclamar: soy un miserable, ¡ven con Tu Misericordia!

Durante el año 2016, la Iglesia ha celebrado el Año de la Misericordia, ante la constatación de que el hombre contemporáneo necesita experimentar de forma concreta la misericordia (del latín *miseri-cordi-a* formado de *miser* –miserable, desdichado– *cor*, *cordis* –corazón– y el sufijo *-ia*). Esta palabra se refiere a la capacidad de sentir la desdicha de los demás. Todos tenemos esta necesidad.

En un mundo como el nuestro, en el que se subraya a toda costa la autonomía, parece casi imposible reconocer la necesidad de misericordia, y mucho menos de llevarla a cabo. Pero vemos que el hombre se ahoga en la soledad, que percibe como una condena.

Así se descubre por ejemplo José Mateos en “Pronto cae la noche”⁸:

Se lleva el tiempo afectos y amistades
y un viento cruel corrompe nuestros sueños.
Hasta que un día, al fin, nos damos cuenta
que estamos solos.

Nada, ni los libros
que comienzan a hablar cuando los abres,
ni los versos que fuimos despertando
para aplazar y huir de nuestro rostro,
llenan un hueco, forman una patria.

A nuestro alrededor todo es sencillo,
o lo parece: el pájaro en la antena,
la nube anónima en el cielo claro
pero para nosotros sólo hay sombras,
nadie enciende la luz para nosotros.

Sin fe, sin ilusión muere otra tarde.
Y es el disco rayado de la vida,
no sé qué amor más fuerte que este engaño.

Y el hombre después comprueba que de esa condena sólo puede salir si otro, con autoridad sobre la vida, le saca. José Cereijo lo intuye de esta manera en “Decir”⁹:

8 “Días en claro” incluido en MATEOS, J. *Reunión*. Granada: Comares, 2006.

9 CEREIJO, J. *Los dones del otoño*. Valencia: Pretextos, 2015.

Decir

las palabras que uno diría
si estuviera desnudo,
más desnudo que la propia desnudez,
si estuviera ya muerto,
si estuviera
delante de Dios.

Las palabras que uno no se atreve a decir,
no concibe decir, pensar siquiera, porque forman
el fondo del propio pensamiento,
del propio sentimiento. Y escucharlas de boca de uno mismo,
como si fueran de otro. Y saber por fin, al escucharlas,
lo que uno en verdad piensa,
lo que de veras siente,
lo que es.

Y escuchar
el silencio de Dios, que quizá nos absuelve,
como una lluvia fresca. Y estremecerse oyéndolo.
Quizá valdría la pena
morir solo por esto.

El diálogo es para dos

El diálogo es la propuesta de lo que yo vivo en la atención a lo que el otro vive. El diálogo expresa de forma constitutiva la experiencia cristiana: un don recibido gratuitamente a través de un encuentro.

Ante el hombre contemporáneo, ante un hombre que manifiesta una sed de infinito nunca satisfecha, que sabe que va a morir, que sabe de su fragilidad y clama por un alguien que le acompañe, el cristiano, que también lo es y participa de estas mismas circunstancias, está llamado a llegar a todos. De esta forma, al leer los poemas que aquí hemos apuntado, podemos ver en muchos aquéllos que buscan sinceramente respuestas. Así el diálogo será apremiante. Este diálogo lo expresa de manera genial Miguel D'ORS¹⁰ en su poema *Un no sé qué*¹¹. Lejos de responder a una visión reduccionista del apostolado, que puede terminar en reducir al otro a un número, al reconocer en el otro una misma naturaleza herida nos hacemos compañeros de cami-

10 (1946-)

11 D'ORS M. *Átomos y galaxias*. Sevilla: Renacimiento, 2013.

no, compartiendo la existencia, compartiendo la verdad, mirando a los ojos al otro para poder decirle claramente que es un bien.

... Pero tú, que tan serio,
enarbolando a Poe y a Mallarmé
y a Valéry, te burlas del Misterio
y solemne proclamas
la “Consciencia Creadora” (así lo llamas),
¿no has descubierto, por ejemplo, que
algunas veces, mientras tú te pones
a dar vueltas y vueltas a las cosas,
la rima va encontrando luminosas,
sabias, inapelables relaciones
ella sola?, ¿no has visto con qué tino
junta rosa y hermosa,
y destino y camino,
y vagabundo y mundo,
y oro y tesoro, y brillo y amarillo,
y piano y mano?
Y encima, como si
no le bastara unir suelo con cielo,
entre lo uno y lo otro pone vuelo,
enseñándonos cómo lo profundo
a veces se agazapa en lo sencillo.

Tú dirás lo que quieras, pero yo,
como el Padre Feijoo,
si alguna cosa sé
de este difícil arte
de la Poesía, es que en alguna parte
de ella nos guiña el ojo un no sé qué.